

á las guerras exteriores, al terminarse estas, no pudo desfogarse su genio belicoso sino en el interior; de modo que sin medios de mejorar su condicion, y sin poder tampoco soportarla, se encontraron en la situacion mas miserable. Entonces vinieron los artificios ilegales para conseguir lo que legítimamente no podian tener; los pródigos dieron sus bienes en hipoteca á los económicos para obtener lo que deseaban; todo era deudas, lujo, desigualdad y separacion cada vez mayor entre los que conservaban y aumentaban sus bienes y los que los disipaban. Excluyendo del todo la moneda, no se habian cuidado de repartir la propiedad de un modo equitativo, de suerte que muchas casas se habian enriquecido inmensamente, mientras la mayor parte de los habitantes vivia en la miseria. Á lo ménos las leyes de Licurgo conservaban á cada ciudadano una cantidad, quedando obligado el padre á dejársela al hijo en el mismo estado que la habia recibido: pero el éforo Epitadeo, por vengarse de un hijo díscolo, hizo establecer que el padre pudiese en vida ó por testamento disponer de su casa y hacienda (1); y bastó esto para que muy pronto todos los bienes se acumulasen en manos de unos pocos. Mientras que Atenas poseía aun mas de diez mil ciudadanos (2) como en sus mejores tiempos, Esparta apenas contaba setecientos (3), y de estos apenas ciento conservaban su herencia, al paso que los demas, sumergidos en la miseria, no podian hacer mas que espiar una ocasion de reforma.

Estos pocos nobles, como los jefes de los Cleftas, dominaban entre gente extranjera y sin derechos; ya no tenian poder los reyes, ni recato las mujeres; los Heráclidas mismos iban á enriquecerse y á intrigar á la corte macedonia; y Cleonimo, irritado por haber sido excluido del trono, trastornaba el país con sus proyectos ambiciosos, mientras que el rey Areo rivalizaba en Lacedemonia con los sátrapas de Persia.

Deploraban tal envilecimiento las almas generosas; pero tambien estas, en vez de aceptar lo presente y preparar el porvenir, no pensaban mas que en hacer retrogradar las instituciones patrias hácia sus principios, aumentando por una parte el poder de los reyes y disminuyendo el de los éforos, y adulando por otra á los pobres con la abolicion de las deudas y con una nueva ley agraria. El rey Ágis III, excitado tal vez por el ejemplo de su amigo Arato, pensó seriamente en restablecer en su patria las antiguas costumbres. Sentado en el trono á la edad de veinte años, decia que solo hacia caso de su autoridad para volver á los ciudadanos á su primer estado; y mas interesado que los oligarcas en el bien público, quiso convertir en ciudadanos á plebeyos despreciados ó injuriados, é infundir nueva sangre en las venas de la débil Esparta. Conocia sin embargo el peso que pone

Ágis.  
244

(1) PLUTARCO, en Ágis, 5.

(2) BÖCK, *Econ. polit. de los Atenienses*. L. I, c. 7.

(3) PLUTARCO *ibid.*

sobre sus hombros el que emprende una revolucion; preveía que los ancianos se obstinarian en atacar las mejoras; que los oligarcas no las consentirian tampoco sino usando para con ellos de la fuerza ó la astucia; que le venderian los amigos de quienes se servia, y que le maldeciria el pueblo á quien se dirigian sus beneficios.

Sin embargo lo intentó. Principió á vestirse, á comer y á lavarse como los antiguos, y la juventud, partidaria siempre de aquello en que hay sacrificios y generosidad, le imitó al momento. Manifestó á su madre que no podia igualarse en pompa ni á los reyes de Egipto y de Siria, ni aun á los sátrapas; pero que siendo ejemplo de templanza y sencillez se rodearia de gloria; y de este modo la dispuso á que lo auxiliara y á que persuadiese á las mujeres, tan influyentes en las mudanzas siempre que echan de ver lo que pueden.

Entonces hizo que Lisandro, hechura suya, ocupase un lugar entre los éforos; el cual propuso al momento que se aboliesen las deudas y se hiciese una nueva reparticion de tierras. El otro rey Leónidas se opuso con la fuerza, y estalló la discordia; pero antes de que el consejo resolviese nada, Ágis presentó esta cuestion al pueblo, manifestándole cuántas ventajas obtendria, y ofreciendo el primero á la comunidad sus bienes, que valian hasta seiscientos talentos. Tambien lo imitaron los jóvenes, quemando sus cédulas de crédito, presentando su oro y sus joyas y poniendo en comunidad sus bienes; generosidad imperdonable para los amigos de la estabilidad. Con esto pudo Ágis destronar á Leónidas y poner en su lugar á Cleombroto III, partidario de sus ideas. Entonces declaró abiertamente que intentaba restablecer la régia autoridad, destituyó á los éforos y nombró otros nuevos, y parecia que estaba próximo al cumplimiento de sus designios.

Pero en tiempos corrompidos es muy difícil que aquellos con quienes se emprende una reforma quieran sujetarse al papel de simples ciudadanos, y cuanto mas generoso y entusiasta es el jefe, mas fácil es engañarlo. Agesilao, tío de Ágis, lleno de deudas y de astucia, se captó la confianza de su sobrino, y le dirigió á su gusto. Dijo que convenia no hacerlo todo de una vez; que primero debia contentarse con la abolicion de las deudas; y despues, aprovechándose de la ausencia de Ágis, abusó de la autoridad, é indignó al pueblo de modo que los oligarcas recobraron su influencia. Leónidas fué llamado de nuevo al trono; Cleombroto se libró huyendo; pero Ágis pagó la pena de haber querido establecer lo que él creía bueno. Refugiado en un templo, lo sacaron de él con engaños, y formándole uno de esos procesos de farsa en que la sentencia está pronunciada de antemano, fué jurídicamente asesinado. Su madre y su abuela, llevadas á la prison con el pretexto de verlo, sufrieron la misma suerte. No se habian cometido nunca en Esparta tan escandalosas iniquidades.

243.

239.

Agiatide, mujer de Ágis, se vió obligada á casarse con Cleoménes III, hijo de Leónidas, y en vez de abandonarse á la desesperacion, esta magnánima mujer meditó una noble venganza é hizo de su marido un héroe, acostumbrándolo á las virtudes propias del hombre y alejándolo del lujo y de la corrupcion, mientras que un filósofo estóico le enseñaba la política y la filosofía: de modo que cuando sucedió á su padre, pensó en llevar á efecto el proyecto de Ágis con mas madurez.

Conoció que no triunfaria de los oligarcas sino auxiliado por un ejército, y le proporcionó ocasion de tenerlo Arato, el cual, aproximándose cada vez mas á la Laconia, queria hacer entrar á Esparta en la liga aquea. Cleoménes lo atacó y venció, y cuando volvió triunfante á Esparta, quitó la vida á los éforos y á sus partidarios; arrojó á los ochenta oligarcas mas principales; y despues, principiando por sí mismo, obligó á los propietarios á poner en comun las tierras, de las cuales se hicieron cuatro mil porciones: al mismo tiempo fortificó la ciudad, aumentó sus fuerzas admitiendo muchos periecos, y enseñó con su ejemplo la antigua austeridad. Conciliábase todos los ánimos con su afabilidad y con su conversacion aguda y sensata; pero la rigidez dórica cedía ante las costumbres ya transformadas; en su misma mesa se ponian copas de plata y vino puro, y él mismo reconvinó á un amigo porque habiendo recibido á unos forasteros, les habia servido galleta y salsa negra.

Cleoménes habia propuesto á los vencidos Aqueos que lo eligiesen por jefe, formando así una sola confederacion; pero Arato, temeroso, y viendo que no podia mantenerse sin un protector entre los saqueadores Etolios y la rejuvenecida Esparta, invocó contra esta el auxilio de Antígono Dosen, persuadiendo á los Aqueos á que prefiriesen el rey absoluto de Macedonia al rey ciudadano de Esparta.

La suerte de la Grecia dependia del éxito de la lucha entre los dos enemigos: y la lucha fué terrible. Cleoménes se portó como gran capitán: permitiendo rescatarse á los Iotas por cinco minas, hizo dinero, con el cual compró soldados aventureros que ejercitaba en la disciplina antigua, y desterró del campo los bufones, las bailarinas y los títriteros que acompañaban á los ejércitos griegos; pero últimamente fué completamente derrotado en Selasia (1). Refugióse entonces en Alejandría, donde Tolomeo Evergétes, despues que le conoció, cesó de despreciarlo, y honrándolo segun merecia, le prometió soldados para que volviese á sus dominios. Pero Filopator, que sucedió á Evergétes, le insultó como suelen hacer los cobardes con los desterrados, y contra toda razon lo aprisionó. Los pocos Espartanos que lo habian seguido lo

Muerte  
de Cleo-  
ménes.  
222.

(1) Sobre el órden y sitio de esta batalla véase la carta de L. Ross desde Atenas en abril de 1836, en el tomo VIII de los *Anales de la correspondencia arqueológica*.

libertaron por la fuerza; pero no habiendo sido secundado el grito de libertad que levantaron entre los afeminados Alejandrinos, se dieron muerte unos á otros. Filopator hizo crucificar el cadáver de Cleoménes, y dar muerte á su madre, su mujer y sus hijos, y á las mujeres de sus compañeros.

Este fin tan triste tuvieron aquellos dos reyes que con santa, pero inoportuna intencion, pensaron en regenerar á su patria, rejuveneciendo la constitucion de Licurgo. Esparta habia terminado ya su mision: habia defendido las Termópilas, vencido en Platea, humillado á Atenas; en adelante debia ser una ciudad secundaria, hasta que le llegara la época de ser esclava. Si entonces se conservó independiente, fué por pura generosidad de Antígono Dosen, el cual no ménos hábil que magnánimo, cuando hubo asegurado la independencia de los Aqueos, pudiendo indemnizarse con ocupar á Orcomene y otras fortalezas, premiar á los que anteriormente habian favorecido á los Macedonios, y castigar á los que se habian declarado contra ellos, supo sin embargo contenerse en medio de sus victorias, y dejar la libertad á Acaya y á Esparta. Esta, desde las contiendas de los éforos con Licurgo y con Macanidas, su sucesor, fué decayendo cada vez mas, hasta el estado del cual quisieron sacarla Ágis y Cleoménes; y por fin un tal Nabis, jefe de bandidos, derribó la constitucion y las leyes, haciéndose señor absoluto.

Antes de dejar á Esparta, admiremos la espirante virtud de las instituciones de Licurgo en la fuerza de ánimo de las mujeres espartanas. Cuando Pirro atacó la ciudad, le dijo Mandricida: *Si eres un dios, no debemos temerte, porque no te hemos ofendido; si eres un hombre, aquí hallarás quienes lo son mas que tú.* Habiéndose decretado que se retiraran las mujeres, exclamó Arquidamia: *Romped ese decreto injusto: nos deshonráis creyendo que somos bastante cobardes para sobrevivir á la patria; estamos resueltas á vencer ó morir con vosotros.* Agesistrata, madre de Ágis, quiso morir con este, declarando que habia aprobado sus tentativas, y rogando á los dioses que á lo ménos fuese útil á Esparta su injusta muerte. Quelonida, mujer de Cleoménes, se desterró con él cuando lo vió perseguido, y lo abandonó en la fortuna por seguir á su padre desterrado. Cratesilea, madre de este rey, llevada en rehenes á Tolomeo de Egipto, no derramó una sola lágrima, y exhortó á su hijo á que no hiciese por ella nada indigno de Esparta. La mujer de Panteo, presa en Alejandría con el séquito de Cleoménes, vió el suplicio de la mujer y de los hijos de este, exhortándolos, lo mismo que á las demas mujeres, en aquel terrible trance; y componiendo decorosamente sus cadáveres para que no fuesen profanados por manos del verdugo, fué la última que presentó á este su cuello.

Muerto Dosen, le sucedió Filipo III, hijo de 221.

219.

205.

Mujeres  
de Es-  
parta.

Demetrio, príncipe adornado de las dotes mas brillantes, que habia cultivado con la amistad de Arato, y hombre de ánimo esforzado, elocuente y conocedor del arte de hacerse amar de sus súbditos. Encontró á la Macedonia reanimada por una larga paz, y colocada ya á la cabeza de la Grecia desde la alianza de Antígono con los Aqueos y la victoria de Selasia. La guerra que estalló entre las dos confederaciones aquea y etolia á causa de las correrías de los Etolios en el territorio de Mesene, cuya defensa tomaron los Aqueos, le presentó una ocasion de manifestar su prudencia y su fuerza. Conociendo los Aqueos que Arato dirigia mal su empresa, recurrieron á Filipo, que tenia á sus órdenes á los Acarnanios, los Epirotas, los Ilirios, y los Mesenios, miéntras que estaban á favor de los enemigos Esparta y los Eleos, mandados por Escopa. Entró Filipo en la Etolia, y estos en la Macedonia, devastando cada cual el territorio de su enemigo y no perdonando ni aun á los templos.

Los progresos de Filipo fueron detenidos por las intrigas de los tres ministros Apéles, Megaléas y Leoncio, deseosos de rebajar á Arato, á cuyos consejos debia tanto el rey. Mas descubiertas sus intrigas, les condenó Filipo á muerte, y al fin pudo dictar las condiciones de la paz, entre cuyas ventajas la principal para Macedonia fué volver á ser potencia marítima preponderante.

Pero contra el creciente poder de Filipo se preparaba una tempestad en Italia, á la cual tiempo es ya de que volvamos la vista.

## CAPÍTULO V

Magna Grecia.

Dejamos á Roma cuando despues de medio siglo de guerra habia subyugado á sus mas obstinados enemigos, los Samnitas: por lo cual se encontró frente á frente con la Magna Grecia y la Sicilia. Las colonias tan florecientes de este país habian decaido algo desde la guerra con los Lucanios y con Dionisio el Mayor; Posidonia habia recibido colonos extraños; tambien las demas se habian reforzado con forasteros; y á fuerza de perder gente habian quedado limitadas al recinto de sus murallas. Devastábanlas en el interior las disensiones civiles que las hacian pasar de una desenfrenada demagogia á una atroz tiranía. Dedicadas al comercio y entregadas al lujo, confiaban gustosas su defensa á mercenarios, los cuales ofrecian un medio de dominar al que tuviera dinero para comprarlos. Agatócles, hijo de un alfarero, recogido en la calle y educado con infames costumbres, llegó con su auxilio, como hemos visto, á tiranizar á Siracusa, y dominó por la fuerza, hasta que la fuerza lo derribó.

Habian aspirado tambien los mercenarios á tener posesiones y establecimientos fijos; los Mamertinos de la Campania ocuparon á Mesina;

Decio Jubelio, Campanio, invadió el territorio de Reggio, y tanto este como aquellos difundian el terror entre los Cartagineses, los Romanos y los naturales del país.

Tarento florecia entre las repúblicas de la Magna Grecia, y á mediados del siglo V contaba un ejército de veinte mil infantes y dos mil caballos. Muertos los nobles en la guerra contra los Mesapios, prevaleció la democracia, y eran admitidos en la ciudad, no solo los Griegos sino tambien los indígenas; de modo que contenia muchos elementos italianos que la aproximaban mas á la Italia que á la Magna Grecia. Tenia una marina poderosa y fábricas y tintorerías de paños, industria que tanto favorece á la poblacion: y Arquitas, célebre pitagórico, nos muestra á qué grado de saber habia llegado. Quizá por rivalidades de conciudadanos, como Venecia, no se valia sino de soldados extranjeros, y tenia á su servicio hasta príncipes. Arquidamas II de Esparta, hijo de Agésilao y padre de Agis, que habia salido de su patria por no contemplar su humillacion, estuvo al servicio de los Tarentinos y pereció con los suyos, peleando contra los Lucanios el día de la batalla de Queronea; si bien la historia aduladora dice que fué castigado por la Providencia por haber auxiliado á los Focenses violadores del templo, esto es, á los únicos que protegian la independencia de Grecia contra los Macedonios. Alejandro, rey del Epiro y cuñado de Filipo de Macedonia, deseoso de rivalizar con su sobrino, y tal vez de crearse un reino propio, aceptó el sueldo de los Tarentinos, hasta que estos, recelosos de él, lo despidieron. Alejandro entonces queriendo atormentarlos con la guerra, se unió con los Romanos: alianza deshonrosa para estos, porque no fué sugerida por el peligro, y porque se hizo contra los que tomaban las armas, no por ambicion, sino por la independencia de su patria.

Existian ya, por tanto, desavenencias entre Roma y los Tarentinos, cuando estos se quejaron de que los Romanos habian violado un antiguo tratado navegando mas allá del cabo de Juno Lacinia, y apresaron sus naves. Los embajadores romanos enviados á reclamar contra esta captura fueron recibidos con ultrajes, y el pueblo les manchó las togas. *Estas manchas serán lavadas con sangre*, exclamó un embajador. Se declaró la guerra, y los Tarentinos tomaron á su servicio á Pirro, rey del Epiro.

Pirro, yerno de Agatócles, ambicionaba seguir sus huellas, y arrojado de Macedonia como hemos visto, aspiraba á formarse un buen reino en la Magna Grecia ó en las costas de África. Su impetuoso valor estaba moderado por el Tesalio Cinéas, discípulo de Demóstenes, único que habia quedado digno de su gran maestro, y orador tan elocuente que Pirro confesaba que debia mas ciudades á su palabra que á su misma espada. Cuando el rey le expuso sus proyectos sobre Italia, le dijo Cinéas: *Los Romanos son muy belicosos; pero si los dioses*

*nos conceden la victoria, ¿qué ventajas obtendremos? Ya no habrá, le contestó Pirro, ninguna ciudad, bárbara ni griega, que se nos oponga, y será nuestra toda la Italia.* Cinéas añadió: *Conquistada ya la Italia, ¿qué haremos? — Sicilia, isla rica por su situacion y sus habitantes, está á dos pasos; y es fácil hacerse dueños de ella, agitada como se encuentra desde la muerte de Agatócles, y gobernada por oradores que adulan al pueblo. — Bien, ¿y nos detendremos en ella? preguntó de nuevo Cinéas; No, le dijo Pirro: ¿quién nos impedirá pasar á África y á Cartago? Y apoderados de ellas, ¿qué enemigo de los que ahora nos desafían podrá oponerse á nosotros? — Ninguno ciertamente; y recobrarémos la Macedonia y serémos dueños de la Grecia. Pero conseguido esto, ¿qué haremos? — Entonces, respondió Pirro sonriéndose, entonces nos entregaremos á un dulce reposo, querido Cinéas, entre banquetes y diversiones.* Cinéas que lo esperaba en este punto, le dijo: *¿Y qué te impide empezar desde hoy esos felices tiempos? ¿No tienes ya lo necesario sin fatigas ni sangre, ni tantos males (1)?*

Pero la ambicion no se rinde á las razones tan fácilmente, y al llamamiento de los Tarentinos acudió Pirro con un ejército. Un ciudadano, al parecer embriagado, coronado todavía de rosas marchitas, y acompañado de una instrumentista, se presentó á los Tarentinos reunidos en asamblea. *¡Ah! Meton, canta y alegranos, le dicen estos. — Si, respondió, cantemos y toquemos miéntras tengamos tiempo; porque otra cosa tendremos que hacer cuando venga Pirro.*

En efecto, apenas llegó el rey, hizo cerrar los teatros y gimnasios, y mandó que nadie saliera de la ciudad, bajo pena de muerte. Al principio venció en Heraclea á los Romanos, asustados por los bueyes de Lucania, como llamaron á los elefantes que no habian visto hasta entonces; pero respondió á los que le felicitaron: *Otra victoria como esta y somos perdidos.*

Auxiliado por los Samnitas los Lucanios y los Mesapios, llegó hasta Preneste, y desde las alturas contempló á Roma, aquella Roma cuya grandeza era capaz de conocer. Al ver los cadáveres de los que habian perecido en la batalla, exclamó: *Conquistaria el mundo, si yo tuviese por soldados á los Romanos, ó los Romanos me tuvieran á mí por general.* Propuso la paz por medio de Cinéas, el cual no perdió tan oportuna ocasion de conocer las admirables leyes de la

(1) Plutarco en la vida de Pirro. Otra conclusion sacó uno de aquellos sencillos filósofos que se llaman santos. Saliendo alegremente Felipe Neri á recibir á un sacerdote que iba á Roma para entrar en la prelatura y que con el énfasis de la esperanza le decia que podria llegar á ser camarero, y luego secretario y luego protonotario... ¿Y despues? le preguntó el santo. — *Despues podrá llegar á ser monsenor.* — ¿Y despues? — *Despues el capelo verde podrá cambiarse en rojo.* — ¿Y despues? — *Despues, se han visto muchas casualidades, y el que ha llegado á ser una cosa puede llegar á ser otra.* — ¿Queréis decir á la tiara? Y despues? preguntó el santo: y dudando el otro en contestarle, añadió: Y despues; morir!

gran ciudad: y ya se inclinaban á la paz los Romanos movidos por su elocuencia y sus razones, cuando se presentó Apio Claudio en aquella asamblea, que el embajador comparaba con un consejo de reyes.

Este antiguo censor, déspota en su familia como un patriarca, habia repartido la plebe entre todas las tribus, para aumentar su influencia, y habia admitido tambien á los libertos en el Senado. Primeramente solo los descendientes de un tal Poticio, indígena, sacrificaban en el altar de Hércules, á semejanza de las familias que hemos visto en Grecia privilegiadas en cualquier culto; pero Apio obligó á los Poticios á traspasar sus funciones á los esclavos del pueblo romano, haciéndose así comun el sacerdocio, que hasta entonces habia sido privilegio de los nobles. Dijose que la ira de los dioses habia hecho perecer á todos los Poticios en un año y cegado á Apio; pero una vez derribadas las barreras ya no se levantan; y la nobleza odió en vano al severo censor, que se immortalizó construyendo un acueducto de ochenta estadios de largo, y abriendo el magnifico camino de Roma á Capua de mil estadios de longitud, monumento que despues de veinte siglos atestigua aun la grandeza de aquella ciudad, y que parecia significar la union de Italia con su metrópoli. Este se presentó en la asamblea acompañado de sus cuatro hijos que habian sido cónsules, y dictó esta respuesta para Pirro: *Si quiere la paz, que salga primero de Italia.*

Los elefantes habian cesado ya de causar espanto á los Romanos, que con dardos inflamados (1) los hicieron volver su furia sobre el ejército de Pirro, lo desordenaron y vencieron. Fabricio, enviado para tratar del canje ó rescate de los prisioneros, admiró á Pirro con su integridad. Habiendo sabido este que era muy respetado en su patria, y que estaba muy pobre, le dió una gran cantidad de dinero y él la rehusó: al día siguiente trató de asustarlo con un elefante, y no obteniendo efecto alguno su extratagemá, exclamó: *Mas fácil es separar al sol de su carrera que á Fabricio de su integridad.* Oyendo el Romano en la cena exponer á Cinéas la filosofia de Epicuro, y que sus sectarios creian que los dioses no se cuidaban de las acciones humanas y vivian alejados de los negocios públicos y en una deliciosa holganza, exclamó: *¡Oh Dios, haz que Pirro y los Samnitas sigan esta doctrina miéntras estén en guerra con nosotros.*

Pirro deseaba cada vez mas atraerlo á su partido, y lo exhortaba á ajustar la paz y á venirse despues con él; á lo que respondia Fabricio: *No seria esto bueno para ti; porque los que ahora te honran, cuando me conociesen, querrian mejor ser gobernados por mí que por ti (2).*

(1) ELIANO, *Historia varia*, I, 38, dice que para espantar á los elefantes les presentaron cerdos.

(2) Los narradores de estos hechos han perecido; no quedándonos mas que el argumento de las Décadas de T. Livio, algun

Apio Claudio.